

LO QUE LA PANDEMIA ILUMINÓ: ETHOS POLÍTICO, NEOLIBERALISMO Y MANIQUEÍSMO DE GÉNERO.

Anabella Lufrano¹

Resumen:

Este artículo intenta un pensar situado, en clave fronterizasocio-filo-política, desde y en la actualidad argentina sobre *la gestión pandémica del género*. La pandemia iluminó, como si fuera una lupa sociológica, la rotura del tejido social que dejó la necropolítica neoliberal y también el lugar de las mujeres en la gestión de la crisis. En esa puja política por la redistribución de la riqueza, intervienen fuertemente al menos dos *ethos* políticos entorno al género. Indagaremos sobre sus formas y sus tensiones.

Palabras clave: Pandemia-género-ethos político.

Resumo:

Este artigo visa discutir, tendo por base uma perspectiva sócio-política-filosófica, a realidade argentina sobre a gestão da questão pandémica de género. A pandemia iluminou, como se fosse uma lupa sociológica, a ruptura do tecido social deixado pela necropolítica neoliberal e também o lugar da mulher na gestão da crise. Nesta luta política pela redistribuição da riqueza, pelo menos dois *ethos* políticos em torno do género estão fortemente envolvidos. Aqui iremos discutir as suas formas e tensões.

Palavras Chave: Pandemia- género-ethos político.

Tiempos y tramas pandémicas².

Una trama pandémica respecto al género entreteje sentidos en disputa que van perfilando al menos dos *ethos* políticos. ¿Qué formas adquieren? ¿Cuáles son sus (o) posiciones? ¿Qué tensiones lo atraviesan? ¿Quiénes dialogan a través de estos *ethos*? ¿Existe la posibilidad de alguna mediación? ¿Qué papel tiene la militancia? ¿Puede la economía y la

¹Fahce- IdiHCS (UNLP) Participante del Proyecto De la epistemología política a la cosmopolítica: el giro stengeriano en filosofía de las ciencias. Proyecto I+D. Desde 01/01/2020 a cargo de la Dra Aurelia Di Berardino.

²Este trabajo focaliza en la problemática de las mujeres (cis), pero no supone equiparación entre género, mujeres y mujeres cis.

epistemología feminista ayudarnos a pensar estas preguntas? Son algunos interrogantes que intentaremos responder.

La Pandemia iluminó el legado del neoliberalismo necropolítico que fracturó y vulneró el tejido social. El empobrecimiento económico, la caída del empleo, el alto endeudamiento, como indicadores del ajuste y de la política de concentración de la riqueza, redundan en números fatales para las mujeres. En nuestro país la pobreza está feminizada: el 69% de las personas más pobres son mujeres. El parate de la economía como consecuencia de la pandemia, no hizo más que exponer y profundizar esta situación, afectando fuertemente a mujeres migrantes, rurales, indígenas, afrodescendientes y disidentes.

El neoliberalismo es necropolítico porque, en el decir de Valencia, recurre a técnicas de administración de la población por medio de su reducción a restos de algún tipo. Es *caníbal*, como sostiene Filipe Cepas (2021). Gira sobre el supuesto implícito, aunque a veces explícito, de que no se puede gestionar de manera sostenible la buena vida del conjunto de la población, por lo que la buena vida de un sector minoritario es sostenida y enriquecida a costa del cuerpo de otros, fundamentalmente del trabajo no remunerado de las mujeres pero también de la precarización y feminización laboral en salud, docencia, alimentación y cuidados (la trama nutricia de la vida) y la marginación y explotación de las disidencias. La violencia ejercida sobre el cuerpo de las mujeres, desoída por las políticas de ajuste, pueden leerse como un mecanismo necropolítico de mantener el extractivismo sobre estos cuerpos productivos y reproductivos.

Para entender la importancia de esta conceptualización es necesario comprender que en las crisis económicas, la vida y su cuidado, es decir su sostenibilidad, recae en las mujeres quienes administran necesidades a costa de las suyas. De ahí, que haya sido doblemente perversa la insistencia de los representantes de los grandes grupos económicos en relación a una apertura más que temprana de la llamada cuarentena. Lo es porque, por un lado propuso la idea de una falsa oposición entre salud y economía (volcándose del lado de una economía descarnada que, paradójicamente, necesita cuerpos que la hagan andar) y, por otro lado, porque instala el imaginario de un tiempo muerto, quieto, suspendido.

Sin embargo, en esa suspensión del tiempo, una trama activa y oculta sostuvo la vida. Esa trama es femenina³. Todo parecía suspendido, sin embargo, la violencia siguió recayendo sobre el cuerpo de las mujeres. Todo parecía suspendido, y sin embargo dentro del cautiverio del tiempo habitamos cautiverios en el tiempo y en el espacio. Recrudescimiento material de la diada público/privado y desplazamiento de cierta domesticidad hacia lo público a través de la virtualidad pandémica. La trama de las mujeres es una trama colectiva que entreteje redes solidarias y territoriales donde el cuerpo femenino se redefine como comunal; en contraposición con la globalización territorial, individualizada y atomizada del mercado. En este tejido social, nacen muchas veces las resistencias políticas más potentes a la lógica de acumulación del capital, que intentan trancar este paradigma neoliberal por uno de acumulación de bienestar. Cuerpo comunitario, entrelazado, tejiendo redes, articulando resistencias y lecturas difractarias, entre lo orgánico y lo inorgánico, en un territorio que no se le opone sino que es uno con él.

En contraste, las metáforas epidemiológicas en boca de la derecha, contribuyen a reforzar la idea de una sociedad de individuos aislados, que deben “batallar” por su cuenta, “elevando sus defensas”, contra una “gripecita” que no amerita los esfuerzos económicos, políticos y sanitarios del Estado para proteger la vida. Así mismo, circularon discursos que desestiman la violencia machista como una cuestión de Estado, instando a las mujeres a defenderse mediante estrategias identificatorias.

Ethos en disputa.

Venimos exponiendo una serie de discursos, imágenes y metáforas o-positivas que van configurando el sentido de, al menos, dos *ethos* sobre género, que disputan fuertemente en la arena pública. Para darle más forma a su contenido y para pensar la gestión post pandémica del género, vamos a referirnos al programa *Ellas Hacen*.

Ellas Hacen, es un programa impulsado desde el Ministerio de Desarrollo Social en el año 2003, destinado a mujeres solas con hijos a cargo y en situación de vulnerabilidad, particularmente pensado para víctimas de violencia de género. Según Iris Pezzarini, Directora Nacional de Formación de Cooperativas de entonces, el programa de alcance nacional, fue

³El trabajo de cuidados aumentó del 16% al 21, 8% en relación al PBI.

diseñado con perspectiva de género desde su planificación a su ejecución. El propósito central que persiguió fue la inserción de las mujeres en la vida social, laboral, educativa y cultural. El programa constaba de un salario, una capacitación en oficios, estudios primarios y secundarios y la inclusión en el mercado laboral mediante la creación de cooperativas de mujeres. Se destaca su labor en el eje construcción: albañilería, electricidad y plomería. En cooperación, construían casas que luego habitaban y seguirían operando como constructoras para la realización de distintos proyectos de viviendas. La violencia doméstica se desarrolla bajo una lógica del encierro y el aislamiento que mina la seguridad y la subjetividad de las víctimas, haciéndolas sentir inferiores e incapaces. A esta lógica, el programa pretendió contraponer los valores comunitarios y las redes de contención afectivas que la solidaridad propone, como vehículo para el fortalecimiento individual y de la comunidad.

Más allá de esta descripción, cargada de optimismo, muchos de los análisis del programa remarcan sus límites: la perspectiva de género se ve cuestionada porque el trasfondo de su diseño supone a las mujeres como cuidadoras y se refuerza, en su ejecución, este rol al no contemplar instancias de cuidado que permitan mayor autonomía a las mujeres. Así también la lógica de la obligatoriedad que baja del programa, en torno a las actividades y al cooperativismo, tensiona con una lógica de participación política, que va creciendo desde dentro y que, al trascender la obligatoriedad, constituye la verdadera fuerza *empoderante* del programa.

En la ciudad de La Plata tuvo central importancia, luego de la inundación de abril de 2013, 700 mujeres fueron beneficiadas con este programa que fue desarticulado por las políticas del gobierno neoliberal de Cambiemos. Con el arribo de esta gestión dejaron de llegar fondos y materiales, las mujeres no pudieron seguir trabajando, les sacaron el predio, perdieron sus casas y el programa de oficios tornó en clases de computación. Se desarticuló el cooperativismo en pos de la ayuda asistencial de carácter individual vía ANSES. A partir de febrero de 2018 (sigue así en la actualidad) el *Ellas Hacen y Argentina Trabaja* se unificaron en el programa *Hacemos Futuro*.

Coherente con su cosmovisión, el neoliberalismo fragmenta, corta vínculos y lazos, rompiendo con todo espacio de colectivización posible.

El ethos necropolítico que subyace a la gestión neoliberal del programa se instala, hoy, en el registro de una disputa por la redistribución del ingreso, especialmente en torno al proyecto del mal llamado *impuesto a las grandes fortunas*, que tiene como síntoma las reacciones misóginas frente a figuras públicas de dirigentas y funcionarias políticas (mayoritariamente Cristina). En una maniobra de estrategia maniquea, *hipervisibiliza* el género como tara en dichas figuras, mientras, y como corolario de este mismo movimiento, *lo invisibiliza* como problema social. Disciplinamiento, negación de la voz de las mujeres, meritocracia y acumulación de la riqueza.

El ethos de lo comunitario (móvil y abierto), que puede desprenderse del entramado territorial y del *Ellas Hacen*, no es por lo pronto un ethos estatal o gubernamental, sino que emana de las luchas y articulaciones difractarias que se gestan popularmente y que el feminismo, como movimiento plural, sabe construir pese y **por** sus debates internos. Es fundamental observar que los análisis que marcan las limitaciones del programa también destacan su espíritu cooperativista como una herramienta necesaria, aunque no suficiente, para corroer el aislamiento en el que se encuentran las mujeres víctimas de violencia. Estas lecturas, que sólo pueden enriquecer las prácticas de política pública, son posibles porque descansan en un suelo de creciente militancia feminista. Una militancia que se va colando en los ámbitos académicos, pese a la hostilidad que allí encuentra y va generando resistencias. Una militancia que también emerge en las cooperativas del *Ellas Hacen*, convocando a muchas mujeres que eligen una participación política y militancia feminista que antes les era ajena. En este sentido la militancia feminista se constituye como sujeto colectivo de agenciamiento, red y sostén de la individualidad, que va encontrando su forma (siempre abierta, múltiple y flexible) en los encuentros, asambleas y en la calle; un colectivo que trasciende la lógica partidaria, gubernamental, académica, territorial y que, a la vez, se cuele en la mismas tensionándolas, tendiendo puentes hacia *lo todavía no*. Un movimiento plural que disputa en la arena pública, identificándose en las demandas comunes, logrando instalar agenda, más o menos recepcionada por los distintos colores políticos.

Así como la ciencia presenta, al decir de Isabelle Stengers, un ethos androcéntrico, basado en el valor de la racionalidad y la abstracción, así también la política. El movimiento feminista irrumpe desde los márgenes y en las fronteras, gestando miradas móviles, dinámicas, alternativas implosionadoras.

Episteme y Economía. Pensando desde el feminismo

¿Qué supuestos epistemológicos sobre el género presenta el ethos necropolítico neoliberal? ¿Qué correlato tiene en relación a pensar la economía en clave de género? ¿Cómo puede articularse esto con la noción de militancia que venimos sosteniendo?

La lógica de la acumulación de capital es equivalente a la lógica de la acumulación de conocimiento y a la maximización de recursos. En este sentido, como afirma Isabelle Stengers en relación a la ciencia, las preguntas valorativas tendientes a los fines y a las consecuencias son preguntas femeninas, porque se acercan al plano de la emocionalidad y de la irracionalidad, son estorbos en la carrera por la llegada a la meta. El mercado, como la ciencia, es un ámbito de y para la masculinidad. Es un territorio abstracto donde los matices y la afectividad no tienen lugar. El cuerpo se deslinda de la colectividad y aparece atomizado, delimitado por su geografía urbana y racional. Entonces, el cuerpo es un cuerpo masculinizado, listo para la competencia.

Las visiones feministas de la economía denuncian, particularmente, el sesgo androcentrista neoclásico. Este paradigma se constituye negando la presencia y las miradas de las mujeres en la economía y en la ciencia, niega relevancia a la experiencia de las mujeres y a las esferas que culturalmente se han asociado con la femineidad como el ámbito de lo privado-doméstico, los trabajos de cuidado y los no remunerados. No miran el ámbito de la *reproducción*, ni a las mujeres que están en el ámbito de la *producción*, ni se intenta hacer visible la desigualdad de género que hay en el mismo.

El modelo económico centrado en el mercado necesita de los dualismos modernos, de las oposiciones, como la distinción entre público y privado y su correlato en la división sexual del trabajo. Es un modelo extractivista que opera considerando a las mujeres, a las comunidades ancestrales y a la naturaleza dentro del plano de la coseidad. Este es el sentido necropolítico imperante.

Frente a los supuestos episte-económicos de este ethos, se destacan dos posturas dentro de la economía feminista, que se nutren de posturas de la epistemología feminista en alguna de sus variables.

La *Economía feminista de integración*, incorpora al análisis teorizaciones sobre el sistema sexo-género y su forma de operar en las estructuras socioeconómicas. Considera que la noción de economía tiene que ampliarse e incluir los procesos que no entran en el mercado. Visibiliza la esfera del trabajo y de la producción oculta detrás de la lógica del mercado, pero su manera de hacer frente a esta escisión y a la desigualdad que genera es lograr una redistribución equitativa tanto de los trabajos remunerados como de los no remunerados. Al focalizarse en la compatibilidad de lo público con lo privado, e intentar congeniar los postulados feministas con el mercado, termina poniendo el acento en el mercado de trabajo formal y por lo tanto en una categoría de género que termina reducida a las mujeres de clase media, urbana. Toma, de las teorías del punto de vista feminista, la categoría de *experiencia* para interpelar la pretendida objetividad del mercado, pero piensa esta *experiencia* como universal, no termina de correrse de los presupuestos binarios del pensamiento moderno.

La *Economía feminista de ruptura* cuestiona los mismos fundamentos del capital y sostiene la necesidad de cambios radicales, tanto conceptuales como políticos. Pretende desestabilizar las categorías de masculinidad y femineidad para deconstruir la manera en que se producen subjetividades sexuadas encarnadas. De esta manera, la barrera entre trabajo remunerado y no remunerado empieza a difuminarse y a hacerse porosa. Pone en el centro la categoría de *cuidado* y la interpela desde la noción de *sostenibilidad de la vida*, noción ésta que entra en conflicto con la acumulación del capital, pues apela a la vida digna. Más que lograr que las mujeres compatibilicen la esfera de lo doméstico con la del mundo del mercado, pretende poner en jaque la misma distinción dualista público-privado, masculino-femenino, etc. Así, las estrategias políticas deben afrontarse en relación a la comunidad en tanto responsable del derecho universal al cuidado. Para esto se deben conjugar las tres esferas sociales: Estado, mercado y hogar/comunidad.

Los supuestos epistemológicos de la economía de ruptura recuerdan a las tesis de Haraway, quien sostiene una noción de *experiencia* como encarnación de significados entrelazados. La experiencia está marcada por el género, por la clase, por la raza y por la colonialidad y se articula en discursos, prácticas y ocasiones sociales que no pueden reducirse aun punto de vista subalterno pero pueden producir nodos difractarios, que generen significados resituados para pensar nuevos mundos. Conversación crítica y solidaria, que pone en conjunción nodos de vida humanos y no humanos, orgánicos y tecnológicos por

medio de los que conforma aquello que entendemos por naturaleza. Sujeto fronterizo, anti-dualista, entrelazando cuerpo y territorio, gestando colectividad entre calles, asambleas, cooperativas, textos y redes virtuales. Constituye la militancia como fuerza monstruosa, siempre en construcción, que empuja en pos de configurar mundos más habitables. El *Ellas Hacen* y el ethos comunitario que se vislumbra en el deseo de las mujeres que fueron sus beneficiarias, sirvieron (en tiempos de reconstrucción) como impulso de empoderamiento para mujeres en situación de múltiple vulnerabilidad, comunidad opuesta a la atomización del mercado y de la violencia, tejido sororo, sostén de una vida digna. Puede ser un modelo, enriquecido desde la crítica feminista y decolonial, para pensar políticas de gestión post-pandémica del género, desde sus aciertos, aquellos que lo emparentan con la economía de ruptura y la militancia siempre abierta y desde sus faltas, aquellas que quedan atrapadas en la lógica urbana, la sombra de los cuidados y de la obligatoriedad. Respecto a estos límites, a estas faltas, la militancia feminista hoy pone en debate la cuestión de la redistribución de la riqueza y también la de los cuidados; empieza a pujar por una agenda de cuidados universal, que incluya a las que quedan afuera: migrantes, indígenas, rurales, afrodescendientes, disidencias. Va molestando a la lógica del necropoder y exige a las lógicas partidarias y al Estado su mediación. Por eso las preguntas de la militancia feminista son profundamente políticas, epistemológicas, cosmopolíticas y urgentes: ¿Con qué voces, con qué experiencias, con qué sentidos vamos a pensar lo colectivo? ¿Cómo articular cuerpos-territorios materiales, artefactuales, monstruosos? ¿Qué otros *todavía no* serán los tópicos para otros puentes que nos permitan seguir en construcción? Porque hoy más que nunca, lo natural es social, lo personal es político y porque nadie se piensa ni se salva en soledad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- CEPAS, Filipe (2021) *Cosmopolítica antropogáfica ameríndia e canibalismo occidental*. In. **DasQuestões**, Vol.8, n.2, abril de 2021.p. 84-91.
- HARAWAY, Donna, *Las promesas de los monstruos; Una política regeneradora para otros inapropiados/bles*. In **Política y Sociedad**, Madrid, 1999
- HARDING, Sandra, **Ciencia Y feminismo**, Morata, Madrid, 1996.
- MINISTERIO DE ECONOMÍA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, **Las brechas de género. Estado de situación y desafíos**, 2020.

- PACÍFICO, Florencia, *Más allá del programa* In **Etnografía de experiencias cotidianas de las titulares del Ellas Hacen. Papeles de Trabajo N° 37. ISSN 1852-4508 Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural, 2019.**
- PERÉZ OROZCO, Amaia, **Subversión feminista de la economía**, Traficantes de Sueños, Madrid, 214.
- RODRÍGUEZ, Carlos, **Ellas ya no pueden hacer**, Página 12, Bs As, 2 de Abril de 2018
- STENGER, I. **Otra Ciencia es Posible**, Ned Ediciones, Barcelona, 2019
- VALENCIA, Sayak, **Capitalismo Gore**, México, Planeta, 2010.